

Pompeya y Herculano, no habria acabado todo. La Iglesia se parece á esas plantas que florecen preferentemente entre ruinas, y el uso que la Francia hará de estas en lo porvenir, consistirá en levantar un templo para cantar en él el *Credo* de su bautismo. Podrá olvidarse, durante algun tiempo, de recitar dicho *Credo*; pero sus palabras jamás las olvidará, porque es tan incapaz de faltar á la palabra que tiene empeñada á Dios, como á su palabra de honor. Por lo demás, todavía tengo una garantía más positiva respecto de la esperanza de que la fidelidad de Francia es el testimonio de la naturaleza: si, al decir de los incrédulos, Dios empleó millones de siglos para hacer al hombre, necesitaría de seguro muchos más para volverlo á hacer.

## CAPITULO II.

### CONCILIACION DE ESTA LEY CON LA DIFICULTAD DE CREER.

Bossuet ha dicho: «La naturaleza humana conoce á Dios: esta sola palabra basta para colocar á los animales hasta el infinito por debajo de él (1).» Esta verdad, que habia sido enunciada ántes por Ciceron, habia pertenecido hasta nuestros dias al dominio religioso y filosófico. Al presente, M. de Quatrefages la ha elevado, segun dejamos expuesto, á la naturaleza de demostracion científica. La religiosidad es el ca-

(1) Del conocimiento de Dios y de sí mismo, cap. 5.

rácter distintivo de nuestra raza, dice, y establece una demarcación terminante entre nosotros y los animales. Por consiguiente, este atributo especial hace de nosotros una categoría, un reino aparte, en el cual, colocado el hombre en el puesto de honor que le señaló el Creador, semeja, según una célebre expresión, un ángel empequeñecido, más bien que un animal desarrollado. Pero la religiosidad crea en nosotros la necesidad de creer que se hace sentir en cuatro focos principales de nuestra alma: la inteligencia, el amor, la perfectibilidad y la moralidad. Cada una de estas facultades, atentamente observadas, rinde un testimonio fehaciente à la verdad de esta ley. Prueba concluyente de que el hombre no es un Dios, la tenemos en que necesita adorar à otro: prueba, sobre todo, de que no es un simple animal, lo vemos en que está plenamente demostrado que desde el insecto más insignificante, hasta el mono antropomorfo, no hay animal alguno que sienta la necesidad de adorar.

Al establecer esta verdad, ¿habríamos acaso suscitado una objeción? La dificultad de creer constituye en nosotros un hecho innato y persistente, como lo es la necesidad de creer: ¿cómo puede consignarse la autoridad de lo prime-

ro, sin contar con lo segundo? Nos hallamos tanto más dispuestos, en cuanto este estado es doloroso de suyo, y entre todos los ciegos, ninguno más digno de compasión que el que no ve à Dios. Nada existe más lleno de desencanto, que los pensamientos de una alma desamparada que lleva simultáneamente en sí misma toda la fé que ha menester para ponerse à cubierto de la incredulidad, y toda la incredulidad necesaria para ponerse à cubierto de la fé! La tentación de la duda es la más cruel por lo mismo que obstruye las fuentes de la fuerza sobrenatural, à las cuales acuden en busca de socorro las demás tentaciones.

Sin embargo, por lo que se refiere à la facultad de creer, conviene establecerse de manera que pueda contarse con sentimientos independientes de toda convención. Desde luego, piedad, mucha piedad para la duda, siempre y cuando constituya un sufrimiento, no un modo de ser; una enfermedad, no la elegancia de ciertos espíritus ligeros que no se preocupan poco ni mucho de la posibilidad de ser aplastados bajo el peso de sus problemas. Mi corazón ha latido à impulsos de la simpatía arrancada por los gritos desgarradores de Werther, de Childe-Harold y de otros tipos atormentados por la incredulidad.



Debo confesar, sin embargo, que mi razón ha reaccionado inmediatamente sobre el sentimiento, no solo porque la poesía de semejante desolación me ha parecido mal sana, sino tambien porque he creído descubrir en esos seres, presa de la desolación, algo parecido á los niños llorones que esfuerzan sus lloriqueos para que se les atienda. No hay comedia más ridícula que la de las lágrimas.

Libreme el cielo sin embargo, de faltar á los deberes de la caridad respecto de las víctimas de tal infortunio! El hombre que ha perdido á su Dios y que me suplica que se lo devuelva, es de todos cuantos desgraciados existen el que más profundamente me conmueve. Por lo mismo que comprende toda la intensidad de su dolencia, hago cuanto puedo para no agravársela. Léjos de mí esa apologética restringida, que no acertando á distinguir en sus adversarios más que gentes de mala fé ó de costumbres perniciosas, no quiere tomarse la pena de fijar en ellos la atención, por considerar que creerán cuando de ello sean dignos. En el abuso de semejante proceder, puede entrar por más la ignorancia que el orgullo. Despues de haber tratado las inteligencias que padecen en los libros y en la vida, he sentido que de este comercio brotaba

en mi alma, una conmiseración inmensa respecto de ellas, y de este sentimiento nace mi confianza al abordarlas. Compadecerlas equivale á comprenderlas, y comprenderlas, á no constituir la fundada esperanza de ser comprendido?

Estudemos, pues, con verdadero deseo de acierto y sin determinación preconcebida, esta cuestión capital: ¿De dónde procede la dificultad de creer y cómo puede consistir y armonizarse con la necesidad de creer? La cuestión será más explícitamente resuelta cuando nos ocupemos detenidamente en el estudio de las fuentes de la incredulidad; mas en tanto que este momento llega, es indispensable que fijemos los puntos de una tesis preliminar. La dificultad de creer proviene: 1.º de la naturaleza de la religion: 2.º de la naturaleza del hombre: 3.º de un vicio en el método empleado por el hombre para apreciar la religion.

## I.

La religion es por su naturaleza una autoridad para la razón, y una regla para las costumbres. Esos atributos están de tal suerte adheridos á

la misma, son en ella hasta tal punto necesarios, que ni Dios puede despojarla de los mismos; pero esas dos dominaciones, la autoridad y la regla, exigen del hombre sacrificios, y de estos sacrificios resultan un gran número de repuliones contra la fé.

La religion se halla fundada en la certeza no en la evidencia, y el espíritu humano que se satisface con la certeza, respecto de otro órden de conocimientos, aspira sin razonable fundamento á la evidencia en materia de religion. No se olvide que hasta lo incomprendible, cuando lleva el sello de la divinidad, es tan digno de la fé como la evidencia humana. Nuestra razon recibe de dos maneras las verdades á que suscribe: directamente, esto es, por el espléndor que inmediatamente le rodea; é indirectamente, es decir, gracias al testimonio que las garantiza. No cabe dudar que Dios es el único que ha podido presenciar toda la historia: probablemente no existe hombre alguno que haya comprobado todas las conclusiones deducidas por la ciencia; y sin embargo todo el mundo presta fé á la ciencia y á la historia, apesar de que no puede constituirse en testimonio ocular. Admitir como bueno únicamente aquello que se puede explicar, no es más por consiguiente que la mez-

quina filosofia del vulgo que sólo acepta aquello que ve, y reducir el campo de la certidumbre, al estrecho círculo de las comprobaciones personales: fenómeno parecido á la ilusion del niño que asigna por límites al mundo los del horizonte que le rodea.

Pero en el dominio de la fé, más que en otro alguno, dice un gran doctor de Inglaterra, conviene saber, que es imposible saberlo todo (1). Una religion positiva es un comercio entre lo infinito y lo finito, es decir una manifestacion de Dios á la inteligencia humana. Ahora bien: Dios que es el objeto de esta vision es inmenso; la inteligencia que es el sujeto, es limitada, y por consiguiente la imagen de Dios cayendo sobre un recipiente más reducido, debe por fuerza desbordarse. Es una simple regla de proporcion. Así pues el hombre que rechaza la verdad religiosa porque no puede abarcarla en su conjunto, gracias á lo limitado de su comprension, procede como el insensato que negara el sol, porqué al abrir su ventana no ha podido conseguir que la luz derramada por el astro, penetrara en su reducida habitacion.

(1) Chalmers.



Sentados estos precedentes, el misterio no es ni un enigma ni una cosa imposible: representa pura y sencillamente el alcance á que puede llegar nuestra mirada al dirigirse á Dios. Ni más ni ménos. No existe en manera alguna una poesia supersticiosa de las revelaciones: toda revelacion completamente comprendida degeneraria en sistema filosófico, y dejaria de ser razonable, precisamente por el mero hecho de ser exclusivamente racional. Poco importa que en su símbolo existan sombras, si á falta de evidencia existen pruebas. En último resultado no debe confundirse la noche con la oscuridad. Las sombras dan testimonio de la presencia del sol en el firmamento: la noche por el contrario, atestigua su ausencia. No de otra suerte ciertas obscuridades pueden deponer en favor de la presencia divina en los dogmas, estampando en los mismos el sello de lo infinito.

Guardémonos pues de estrechar los límites de la razon, so pretexto de exigencias ultracientíficas. La pretenciosa fórmula de Bayle *La comprension debe ser la medida de la creencia*, revela más orgullo que verdadera filosofia. Sólo á los seres privilegiados está permitido distinguir y reconocer sus fronteras. Próximo Laplace á espirar, algunos amigos complacientes

se deshacian en elogios de su ciencia y de su gloria: «Callaos; les dijo, lo que conocemos es muy poco: lo que ignoramos es incalculable.» Confesion es esta muy digna de tenerse en cuenta. Acontece con las verdades, lo que con las estrellas: todos los dias se descubren otras nuevas, y en el cielo del pensamiento como en el éter, las regiones que se han explorado son muy poca cosa comparadas con la inmensidad de los espacios desconocidos. ¿Qué nos contestaria la ciencia si le dijéramos: Repudiamos tus verdades comprendidas: por qué todavía guardas dentro de tu seno algunas que son incomprensibles? ¿Qué diria además si añadiéramos; Nuestras sombras os escandalizan: venid, dadnos cuenta de vuestros numerosos *deseos*?

¿Cuál es por ejemplo esa fuerza inicial, que dió á los astros la señal de partida, que mantiene en los cielos ese movimiento continuo, en vano buscado en la tierra, y que hace que los mundos prosigan eternamente su curso á través de las inmensas llanuras del firmamento sin entrecocar, sin interrumpirse?, el nombre de esta fuerza lo conocemos. La gravitacion: ¿Su principio? Misterio.

¿En qué consiste esa energía subterránea, que de una semilla hace brotar un tronco, que im-

pulsa hácia arriba plantas cuyo peso debería precipitar hácia abajo, y que de la podredumbre de los gérmenes, saca las flores más delicadas y los frutos más sabrosos? A esta energía se le ha dado el nombre de vejatación; mas ¿cual es su naturaleza? Misterio.

¿En qué consiste, por último, el espacio que todo lo contiene y que á su vez no es contenido por cosa alguna? ¿Qué son la union del alma y del cuerpo, y la causa de las ideas? ¿Qué es la luz que difunde la claridad sobre todas las cosas, y que sin embargo substancialmente no es por nadie conocida? Misterio.

Ahora bien, exigentes adoradores de la evidencia científica: desvaneced vuestros misterios antes de atacar los nuestros.

Por una deplorable anomalia, los mismos hombres que se muestran descreídos respecto de los misterios de Dios, son supersticiosos por lo que se refiere á los misterios de la naturaleza. Decidles que hay fuego en lo profundo de los infiernos y se sonreirán con aire compasivo, fundados en que no han tenido ocasion de analizarlo; pero decidles que Saturno y Júpiter pesan tantos kilogramos, y lo creerán á pié juntillas como si los hubiesen tenido en los platillos de su balanza. Pero que esos mismos hombres tengan

en su inteligencia verdades demostradas, que para el misero gañan no pasan de la categoría de misterios, y lo consideran la cosa más natural del mundo, al paso que no se deciden á admitir, más áun, consideran inadmisibile que Dios posea evidencias que permanecen para ellos sumidas en la oscuridad. Y en tanto que su vida entera se orienta sobre probabilidades perfectamente establecidas, *no pudiendo deducirse el todo de tu nada*, no tendrán para nada en cuenta las probabilidades concluyentes que existen en favor de Dios, en tanto no tenga Dios la galantería de dejar de ser infinito, para reducirse á la menguada proporcion de un espíritu que en manera alguna puede serlo. Si esto se llama filosofía, me cabe siquiera el placer de manifestar que dista mucho de ser razon.

La circunstancia de ser además una regla, es un nuevo motivo para que haya dificultad en creer la religion. ¿Cómo se explica, nos hemos dicho, que siendo tan imperiosa la necesidad de creer, se oponga á ello la dificultad de creer? ¿En qué consiste que el hombre solo con repugnancia ceda á esta necesidad, cuando cumple todas las demás con verdadera fruicion? Varias razones pueden aducirse para explicar este hecho, siendo indudablemente la principal, la de



que la religion constituye un freno, y nadie cree sin pena lo que no sufre sin que sean sus consecuencias penosas.

Si, por más que estemos perfectamente equilibrados, no es imposible permanecer indiferentes respecto de una doctrina que no es inofensiva para nuestras pasiones. Despues de Malebranche se ha repetido muchas veces que si las matemáticas gozan incuestionable evidencia, consiste en que no hay debilidad humana alguna, interesada en ponerla en tela de juicio; pero si el cuadrado de la hipotenusa, ó el binómio de Newton llevaran consigo el cumplimiento de obligaciones morales, hasta la geometria se convertiría en tema para el sofisma. Aun cuando el Instituto consiguiera elevar á teorema las prescripciones del sexto y séptimo mandamientos, de seguro existirian para ellos tantos incrédulos como viciosos y malhechores existen en las cinco partes del mundo.

Así se explica el doble movimiento de atraccion y de repulsion que experimenta el corazon humano respecto de la fé, con la circunstancia de que la repulsion es tan intensa que puede llegar á revestir las formas del ódio. Divina anomalía, digna por cierto de llamar la atencion! Los cultos, ó los sistemas considerados falsos,

míranse con desvío, no con repulsion: sólo Jesucristo y su doctrina excitan en el alma de sus disidentes una antipatía que podríamos llamar privilegiada. Afortunadamente, así del amor, como del ódio extraordinario que inspira, pueden deducirse consecuencias igualmente decisivas en favor del Evangelio. Por su lado simpático, adáptase perfectamente á los buenos instintos de nuestra naturaleza; por su lado repulsivo, opone á los malos un verdadero correctivo: en lo que responde á la necesidad de creer, se muestra muy natural; en cuanto triunfa de semejante facultad, parece sobrenatural. Existe en esto un equilibrio admirable, tanto más conforme con nuestra razon, en cuanto es ménos propicio á nuestros egoísmos: tanto más digno de Dios, en cuanto es la ley indispensable para moralizar al hombre.

Muchos he conocido que siguiendo el ejemplo del sobrino de Mme. de Sévigné laméntanse de que no *saben creer*. Sin emplear respecto de ellos, uno de nuestros argumentos clásicos, me permitiré sin embargo preguntarles: ¿proviendria esto acaso de que no sepan vencerse? No se olvide que no se puede ser religioso como se es músico, ó pintor, por una vocacion irresistible, por inclinacion de temperamento, sino por vir-

tud. Dios procediendo en esto como en todo, con su sublime sabiduría, ha hecho de la religion una necesidad y una dificultad; un atractivo y un sacrificio. A aquellos que pretenden ver en ella un esfuerzo contrario à la naturaleza, se les presenta como una necesidad; à los que se complacerian en contemplarla como una vana poesía del alma, y un encanto estéril de la vida, se les ofrece como una virtud. Mas para justificar à Dios, basta con decir que sea la que quiera la dificultad de semejante virtud, la necesidad que de ella tenemos, comunicará siempre à la misma el encanto suficiente para que la humanidad no se libre de ella como no sea violentándose.

Y no hay para que nos admiremos de que la inteligencia tenga su parte en esta virtud, en tanto que para los demás basta con la voluntad. En esta disposicion hay que reconocer una estimable sabiduría. Suponiendo que la fé fuese un arrebatado del espíritu, arrastraría indefectiblemente la libertad de nuestra adhesion y Dios concedería al espíritu una beatitud sin moralidad, por lo mismo que no sería el premio del dolor. Es pues indispensable que la fé ilumine nuestro viaje, como la columna de nubes y de fuego del desierto, obscura por un lado, para hacer de nuestra sumision un acto meritorio;

refulgente por el opuesto, para que sea un acto razonable. Mas exigir ó pretender siquiera, la facultad de contemplar un dia la verdad en su esencia, antes de haberla adorado en sus sombras, es ambicionar para lo presente una inteligencia sin dependencia alguna, y para lo porvenir el premio de recompensas sin merecimiento. Verdadero trastorno de la razon substituida à las dificultades de la fé.

En determinadas ocasiones, el lado luminoso de la columna se vela, y entónces se presume hallarse condenado à vivir eternamente sumido en las tinieblas; pero esto no pasa de ser una ilusion pasajera: dejemos que transcurra algun tiempo y las nubes se disiparán. Saber esperar, en la dificultad de creer, es el medio más seguro para *saber creer*. Un dia se dirigió à Copérnico la siguiente objecion: Si el mundo se hallara dispuesto cual pretendéis, Vénus ofrecería fases semejantes à las de la Luna ¿qué decís à esto? Copérnico contestó: Por mi parte nada; pero Dios permitirá un dia que se encuentre sulucion à este problema (1). Un siglo despues Galileo inventaba los telescopios, mediante los cuales podian apreciarse las fases de Vénus. Co-

(1) J. de Malebré.



pérrnico murió creyendo en la existencia del fenómeno, á pesar de que no lo habia visto. Concedamos pues á Dios el acto de fé al par ciego y sublimis, hecho por Copérnico á su propio gé-  
 nio, y cuando la dificultad de crear nos presente obscuridades impenetrables, contestémonos á nosotros mismos: Dios permitirá un día que se encuentre solucíon á tales dificultades, y no transcurrirá mucho tiempo sin que la necesidad de creer justifique la esperanza que hayamos fundado en su luz.

## II.

Es una verdad elemental la de que existen en nosotros dos naturalezas: la buena y la mala; son los dos hombres que San Pablo ha señalado en el hombre y que Luis XIV pretendia conocer perfectamente. De la buena naturaleza procede la necesidad de creer: de la mala, la dificultad. La naturaleza decaecida, lleva en efecto consigo enfermedades morales é intelectuales.

dos fuentes de ceguedad respecto de las cosas divinas.

Para dejar de ver no es indispensable estar ciego: basta con tener un velo ante los ojos. Apuradamente en la constitucion fisica del hombre, el órgano de la vision es el que con más facilidad se altera. Basta que en él penetre un grano de arena para que el viajero deje de distinguir las pirámides del desierto, una pequeña inflamacion en la retina, una lágrima sobre la pupila, son obstáculos suficientes al paso de la luz. Los oculistas enumeran con sorpresa las enfermedades de toda especie á que está sujeta esa órbita reducida que reflejando hoy la inmensidad de los cielos, puede mañana la simple picadura de un insecto, cerrar para siempre jamás. Pues tantas y no ménos terribles, son las afecciones oculares del alma. ¡Cuántos incrédulos hay que no ven á Dios, porque no ven á grandes distancias! ¡Cuántos no le distinguen porque padecen de estrabismo! No hay más diferencia sino que en la oftalmia fisica jamás se niega la realidad del objetivo porque se deje de distinguirlo, al paso que los ciegos de incredulidad en cuanto han perdido los ojos, afirman que se ha extinguido el sol,

La primera causa de semejante catástrofe, es la pasión ó sea la enfermedad moral. Misticismo á un lado, no puede negarse que toda pasión es una tempestad; ahora bien, el efecto inmediato de toda tempestad, ¿no consiste en el oscurecimiento de la atmósfera? *Bienaventurados los que tienen puro su corazón, porque ellos verán á Dios* (1). Es esta, si así cabe decirlo, una ley tan física como sobrenatural. De la pureza del aire depende el brillo de los rayos solares; nada tiene más afinidad con la luz que la serenidad.

Esto sentado, ¿por qué parece oscuro el símbolo? Porque impone el cumplimiento del decálogo. Al pié del Sinaí, donde promulgó el Señor sus mandamientos, las pasiones desencadenadas lanzaron al aire puñados de polvo, cual los fariseos que se hallaban embarazados para contestar á la predicación de San Pablo: véase, pues, de qué manera las exigencias de la ley engendran las rebeliones contra la fé.

La voz de Dios ha dicho: «No fornicarás» (2) y cuántas heregías han resultado de la voluptuosidad desde Heródes hasta Enrique VIII, desde las impuras fantasías de los gnósticos has-

(1) Mateo 5, 8.  
(2) Mar. 22: 21.

ta las negaciones de nuestros libertinos de salón, provienen de lo prescrito en este mandamiento. ¡Cuán evidente sería para muchos la existencia de Dios si no exigiera cosa alguna! Durante el paganismo el lujurioso fabricaba los dioses á su imagen, para ponerse á cubierto de su lujuria á la sombra de esa semejanza; en pleno cristianismo no le es posible hacer la imagen á su semejanza, y como no quiere ser á semejanza de la divinidad, para librarse de ella, adopta el expediente de suprimirla. De manera que las pasiones de la carne oscurecen con más fuerza la luz sobrenatural, que el polvo levantado por la marcha de todos los progresos. Idéntica causa de incredulidad se encuentra en las sociedades que no son cristianas. Los primeros pueblos convertidos al Evangelio eran monógamos. La mayor parte de los que al mismo tiempo oponen resistencia no lo son. Como Cristo entendiera el precepto de la castidad á la manera de Mahoma, en pocos años el mundo sería completamente suyo. Más precisamente en esa intransigencia para todo lo que parezca transacción, es en lo que estriba su gloria. Nunca se ofrece con más marcado carácter de divinidad, que cuando prefiere la integridad de su doctrina al imperio universal; y cuanto más le rechaza



zan la corrupcion y la barbarie tanto más crece en él.

Otro mandamiento hay que dice: "*Amarás á tu prójimo como á tí mismo* (1)" y hé ahí que á tales palabras, despues de las negaciones de la lujuria, se elevan las del ódio. No hay para que sorprendernos: para comprender la bondad del Dios del Evangelio es indispensable tener el corazon bondadoso. Conocidas son las ceguedades del amor: el ódio tiene tambien su venda que puede ocultarle el cielo; y si segun San Juan, *Quien no tiene amor no conoce á Dios* (2), ¿no puede de esto deducirse que no está muy distante de desconocerlo? ¡Cuántos son los en-comiadores de la vida privada que achacan á la religion todos los agravios que inferen á los hombres religiosos, y ponen mala cara á la verdad, nada más que por que tiene por amigos á algunos de sus enemigos! ¡Cuántos que se erigen en defensores de la política, no perdonan á Dios el que no se haya puesto al frente de las huestes del partido á que pertenecen, y creerian, si accediéramos á predicar una revolucion que sometiera las ambiciones de los demás, y permi-

(1) Marc. 12. 31.

(2) 1. Juan 4. 8.

tiera utilizar sus talentos! Mucho se habla de los cristianos de sentimiento. ¿Hay quién no conozca incrédulos por resentimiento?

Otro precepto existe, que dice: *No codiciarás los bienes ajenos*, y la codicia á su vez, forja sus sofismas para eludir el cumplimiento de unas palabras que ponen á prueba su probidad. Y se comprende: el dia en que Dios que es el primer acreedor, quede abolido, quedarán saldadas todas las deudas; hasta el mismo robo se convertirá en propiedad legitima, el dia en que no pueda alegar derecho alguno el gran propietario del cielo y de la tierra. ¿Y quién será capaz de fijar tambien el número de los incrédulos á quienes incita á la rebelion el gran Mammon de iniquidad! Y aquí debo decir que á la cabeza de ellos he visto marchar no sólo á los bolsistas que no admiten la fé, porque les obligaria á pagar muy importantes *diferencias*, sino tambien á ciertos literatos, que insultan á la religion porque se enriquecen con tales insultos, del mismo modo que emplearian sus plumas en la defensa, con tal que esto se tradujera en más pingües resultados; y los Erostratos bufones de los periodiquillos cajelleros de quienes nadie se acordaria, como no hablaran mal de Dios, y que hacen su negocio dando á luz sargas de blasfemias;

y por último la turba inculta de esos hombres llamados *positivos* que á fuerza de fijarse en los intereses, han olvidado totalmente los principios, imagínanse enemigos de Dios por exigencias de la razón, en tanto que lo son únicamente por indigencia de virtud.

Finalmente, la voz divina exclama: *Aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazón* (1) Y á tales palabras el orgullo humano ha contestado: No quiero que aquel reine sobre mí porque *el principio de la soberbia del hombre es apostatar de Dios* (2). Esta relación es fácil de comprender: nadie niega la fé á Dios como no sea por exceso de fé en sí mismo. Hé ahí pues un nuevo manantial de negaciones, en esta nueva caída.

En primer lugar encontramos la incredulidad de los heresiarcas. ¿Quiérese de ello una prueba irrecusable? Recuérdese la agonía de Lamennais, y póngase atención por una parte en la voz del anciano Corneille, lanzando sobre la frente del réprobo el célebre anatema;

Dios no se abate sobre las cimas demasiado elevadas.....

en tanto que por la opuesta, el ángel del sacer-

(1) Mat. 11:29.  
(2) Luc. 10:21.

docio, arrasados los ojos en llanto murmuraba esta plegaria: *Señor, lo que habeis ocultado á los soberbios, lo revelais á los humildes* (3).

La incredulidad de los sectarios, que creerían en Dios si no hubiesen hecho juramento de librarse de semejante debilidad, y cuyo argullo hace su negocio obstinándose en juramentos sacrilegos, cual si pudiese existir una palabra de honor en provecho de los compromisos que no son honorosos.

La incredulidad de los escritores, que han formulado su sistema en contra del Evangelio, y que para reconocerlo, veríanse obligados á confesar que escriben malos libros, cosa mucho más difícil que escribirlos buenos.

Por último, la incredulidad de esos innumerables orgullosos de la vida pública, que hallando en la blasfemia la popularidad, temerían perderla sometándose á la fé, y no vacilan en vender á Jesucristo, á trueque de merecer los aplausos del partido á que pertenecen á los interesados panegíricos del periódico cuyas doctrinas comparten. La verdad es que cuando se desnuda á la incredulidad del ropaje de que se cu-

(3) Luc. 10:21.



bre, queda uno sorprendido de la parte que en los crímenes más grande del pensamiento, tienen los sentimientos más mezquinos.

De manera que la negación, considerada como un ejercicio legítimo de la libertad intelectual, no es con frecuencia otra cosa más que una desviación de la libertad moral. Suprímense las defecciones que diariamente lleva á cabo la humanidad, y en el mismo instante se disminuirán proporcionalmente sus sombras; porque si en el orden natural es la razón la que informa á la conciencia, en materia de fé la luz procede de la conciencia á la razón. Y es necesario que así sea, para que la conquista de las verdades más santas sea la recompensa de un esfuerzo moral, no de una intuición privilegiada, á fin de que Dios no sea más accesible al génio que á la virtud. Por consiguiente, los hombres de nuestros tiempos, que en la portada de sus libelos escépticos han escrito *como concluyen los dogmas,* deberían mirar un poco menos al través de los telescopios, y un poco más al interior de su alma, y de esta suerte acaso descubrirían la manera *como concluyen las dudas!*

Y no son únicamente las desviaciones de la voluntad, las que en materia de creencias debemos temer para la seguridad de nuestra mirada,

puesto que tan temibles como aquellas son las enfermedades del espíritu. Ellas son la segunda causa de las innumerables dudas que brotan del fondo de nuestro pensamiento, como las nubes del seno del mar.

Y aquí es ocasión de dejar consignado, que la incredulidad no constituye en manera alguna el sello de una penetración excepcional. Si así fuera, en las naciones como en los individuos, habría un grado determinado de cultura, al cual correspondería el nacimiento de las dudas. Debajo de semejante nivel solo se verían creyentes: encima del mismo sólo incrédulos podríamos distinguir. Pues bien, esta ley no existe. Ignorantes hay cuya fé vacila tanto como la de ciertos sábios; estos por su parte, dudan, con todo y ser sábios, no en el mero hecho de serlo, y la prueba de ello la tenemos en la existencia de sábios que indudablemente lo son más, y que sin embargo no dudan. Rectamente juzgando, ¿puede presumirse que Voltaire tuviese, respecto de las cosas invisibles, una inteligencia superior á la de Descartes ó Pascal, y con relación á las de la naturaleza, pudiese colocarse al lado de esos ilustres creyentes llamados Cuvier, Ampère, Cauchy y Biot? Por consiguiente lo que se opone á la religión, no es en manera alguna la cien-

cia del hombre, es el hombre mismo, el hombre por sus debilidades intelectuales, lo mismo que por sus pasiones. Contentémonos con nombrar al presente algunas de esas debilidades sobre las cuales más tarde tendremos que insistir.

Desde luego podemos hacer mención de los escépticos de temperamento, que por inclinación divagan en vez de afirmar, tratando el pro y el contra en todas las cuestiones con una complacencia muy cercana al pirronismo, y contemplando la indecisión como el ideal de la superioridad, como la *última palabra de la razón sobre sí misma*. ¿Qué tiene de particular que dude de la religión el que duda de todo lo demás?

Vienen después los escépticos de falso espíritu, que no distinguen la verdad, porque tienen un esguince intelectual que casi invenciblemente les inclina 'hacia el lado opuesto: artistas, ó literatos, hacen profesión de explotar lucrativas paradojas; hombres de mundo, pasan la vida acariciando el absurdo por prurito de originalidad.

Más lejos encontramos los escépticos de escritorio ó de gabinete que, con una elevada cultura profana, no han recibido educación alguna religiosa, y viven y mueren sin conocer á Dios, bajo la fé de los errores más groseros. Los pa-

ganos de los primeros siglos acusaban á nuestros padres de adorar una cabeza de jumento: la incredulidad de estos tiempos nos proporciona mejores modales, en cambio, por punto general, no se preocupa gran cosa respecto de lo que no debe aceptar!

Después de los espíritus enfermos por una especie de conformación, hay otros que llegan á serlo por los contactos que experimentan, y por los medios en que habitan: sabido es que los medios reaccionan sobre los cuerpos que los penetran. Siendo los espíritus más impresionables que la materia, experimentan *á fortiori* esta acción sutil, y la inteligencia como la esponja, embebe las corrientes en que se halla sumergida. Y hé ahí la razón porque muchos hombres que se imaginan autores de su propia incredulidad, no son más que recipientes más ó menos pasivos: ¿Qué es lo que les falta para ser cristianos? Nada más que haber pertenecido á una familia, á una escuela, ó á una asociación ménos hostiles al cristianismo.

Al escepticismo formado por la acción de los medios podemos añadir el que resulta de la profesión. Son verdaderamente dignos de lástima los que en el foro de la tribuna ó en el periodismo, vanse comprometidos á defender el pro y el



contra, y á presentar bajo idéntico aspecto, ora el bien ora el mal: no es cosa rara sino muy comun, que el resultado de semejante ejercicio les lleve á mirar con igual desprecio el uno y el otro.

Y el escepticismo creado por la posicion que se ocupa, ¿no se infiltra acaso en el espíritu, más sutilmente aun que el de la ocupacion á que uno se consagra? Desgraciados por ejemplo aquellos que tratan á los hombres en fuerza de un poder cualquiera, porque, del mismo modo que en todas las grandes experiencias de la vida, existe la tentacion del escepticismo en la autoridad. Lógicamente, debería dudarse de los hombres despues de haber dudado de Dios; prácticamente acontece todo lo contrario.

Terminemos este cuadro de las debilidades intelectuales poco favorables á la fé, mencionando la más perniciosa, el especialismo. Este es realmente el gran azote de los espíritus en los tiempos presentes. Sin embargo, como para tener el derecho de hacer justicia, es indispensable ser justo, honremos al hombre especial, desconfiando del especialista.

Los estudios especiales, esto es, aquellos que ponen en ejercicio una aptitud particular de la inteligencia sin paralizar las demas, forman los

hombres eminentes. Los estudios exclusivos, es decir, los que amasan una vida anormal sobre un punto determinado del cerebro, dejando los demas sumidos en la inercia, constituyen un desenvolvimiento contrario á la naturaleza, una excrecencia de la vida intelectual, y producen falsos juicios. Sabemos que hay entre los sabios personas dotadas de profunda penetracion; pero como el Cíclope, no tienen más que un ojo, y aun cuando distinguen perfectamente un punto determinado, el campo que pueden abarcar es por demas reducido. Ahora bien: del fondo del crisol de estos altos gigantes, levántase en el dia ese estrépito, iba á decir esa canturia de afirmaciones pseudo-científicas, de las cuales no hay una sola que esté comprobada, por lo ménos con relacion á aquellas que probarian algo contra la fé. Para tales hombres la ciencia, cuando de ella no pueden deducir certeza alguna, es un fantástico tejido de hipótesis, y desempeñan en su provecho el papel del amigo en exceso complaciente del que decia un conocido pleitista:

..... Me sirve de testigo

Y hasta jura por mí siempre que lo he menester. (1)

(1) RACINE. *Les pleitistat*.

De todos modos, no hay que descorazonarse en presencia de tan engañosos paramentos. Afortunadamente, siendo como es Dios ántes de la religion y de la naturaleza, no es posible que la segunda de sus obras le oculte al propio tiempo que la primera le pone de manifesto. La religion no tiene pues, por qué temer otra cosa de la ignorancia de los especialistas, por lo mismo que para nada ha menester de la ignorancia de sus adeptos, y por una hora de preocupacion que pertenece á las afirmaciones aventuradas, lo porvenir pertenecerá constantemente á la fé. Los grandes, los verdaderos sabios, es decir, aquellos que estudiaron la creacion moral, al propio tiempo que las cosas físicas, ¿no fueron por ventura profundamente religiosos? La fé de Descartes convirtió á la reina Cristina: Pascal era creyente á pesar de la sombría misantropía del jansenismo; Leibnitz y Eulero, se apoyaban para sus trabajos en la teología; por último, Biot escribió estas palabras dignas de estar esculpidas en mármoles. «Para comprender la materia es indispensable estudiar mucho; pero más aún para descubrir que no es nada.» Estos son en semejante debate, los verdaderos testigos de Dios. Despues de sus manifestaciones, qué le importan á la verdad la oposicion de esos espíritus exclu-

sivos que se empeñan en un callejon sin salida, y que toman el campo de sus exploraciones por los últimos limites del universo. Sabios ilustres y al par ignorantes soberbios, que hacen abstraccion de Dios porque no declina el nombre de sus elementos moleculares; del hombre, porque distinguiéndole únicamente al traves de la claraboya de sus laboratorios, no le conocen tal cual es; del sentido comun, en fin, que á pesar de todo quedará consignado, siquiera no deje el más insignificante residuo en el fondo de sus retortas.

Pruebas irrecusables de las cuales no debe hacerse un cargo á Dios, porque un reducido número no acierte á distinguirlos. Imagínese la tierra poblada de corazones y espíritus puros y la razon humana se cambiará en un himno de adoracion.

Mas al llegar á este punto oigo que se me dirige una objecion especiosa. Si los espíritus no son como debieran ser, no es suya la culpa; sino de Dios que les dió forma con su propia mano. Si fuera la pasion culpable la que produjera nuestras tinieblas, podria acusarsenos; pero cuando las tinieblas resultan de nuestra constitucion intelectual, ¿no seria la mayor de las injusticias vernos castigados por una mano que



por su misma providencia ha sido la causante de nuestras desgracias?

No calificuemos de absurda esa justicia, para tener el derecho, ó por lo ménos una razon para prescindir de ella. Si fuera cierto que á falta de fé, pudiéramos prevalernos de una invencible buena fé, nada habria que temer: el hombre no podria ser castigado por haberse equivocado inocentemente; la Iglesia lo ha proclamado una vez más por boca de Pio IX (1). Bajo esta hipótesis, acontece con el fenómeno de la incredulidad lo que con el de la locura, esto es que Dios concede á nuestra naturaleza así como á la libertad el seguir su camino, aun cuando sus desviaciones deban producir verdaderas monstruosidades, sometiendo este desórden aparente á este órden sublime: el hombre es responsable de sus faltas, no de sus desgracias.

Pero las disposiciones enfermizas del espíritu como las del cuerpo, ora son innatas, ora adquiridas; ora resultan del temperamento, ora provienen de una higiene viciosa, y si la inteligencia no es en manera alguna culpable de su debilidad constitucional, lo es indudablemente

(1) *El ciclo* del 18 de Agosto de 1868.

de las deformidades contraídas por el uso ilícito de sus facultades. ¡Cuántos espíritus hay que si están enfermos lo deben exclusivamente á haberse envenenado á sabiendas! ¡Cuántos que habiendo sido formados con tanta regularidad, hoy se encuentran torcidos y contrahechos, gracias á los abusos que han hecho de su libertad!

Por consiguiente, la incredulidad puede ser al par una ilusion ó un crimen, y á veces, en el seno de un mismo pensamiento las dos cosas á la vez. ¿Hasta qué punto la ilusion? ¿Hasta qué punto el crimen? Abandono á Dios esta decision formidable. Por lo que á mí toca me siento demasiado inclinado á la amistad del incrédulo para que pueda erigirme en juez; mas apesar de mis sentimientos, y á causa tal vez de estos mismos sentimientos, debo manifestar que hay motivos poderosos para asustarse ante la obstinacion que tantos hombres sin conviccion religiosa ponen en no dejarse convencer. La historia contemporánea ofrece de ello una prueba fehaciente.

El Rdo. Gorini, modesto cura de aldea, prematuramente arrebatado al servicio de la verdad, ha compuesto un libro excelente, en el cual con datos incontrovertibles demuestra que los graves historiadores modernos, no han sabido

comprender los textos originales que aducen contra la Iglesia (1). Voluntarias ó no, las alteraciones son evidentes. La cándida sinceridad de Agustín Thierry no pudo ménos que conmovirse ante el espectáculo de esas prudentes manifestaciones, conviniendo en que despues de haber detenidamente estudiado los documentos merovingios, y reconstruido respecto de determinados puntos la historia moderna, nada sabía de las dos cosas más importantes y más angustias del mundo moderno: el Cristianismo y la Iglesia. Noble confesion que habria acompañado con la reparacion, si la muerte no le hubiese sorprendido. ¿Pero qué han hecho los otros acusados, ante las pruebas de su infidelidad, siquiera material? Casi todos se han encerrado en la majestad del silencio, sin cambiar ni una palabra à las ediciones que sucesivamente han ido dando à luz. El mundo sin embargo sigue su marcha en pos de los sábios que gozan gran nombradía, con preferencia à los modestos correctores de sus yerros. Ya se vé. ¿Quién se acuerda, como pertenezca al Instituto, de que un pobre cura de un villorio, pueda con su eru-

(1) Defensa de la Iglesia contra los errores históricos.

dicion, sacar à plaza las distracciones históricas, en que han incurrido los académicos más encoquetados? Pero me equivoco: el mundo ignora tales cosas; los autores se empeñan en no saberlas, y merced à la ignorancia de los unos y al orgullo empeñoso de los otros, la falsa ciencia oprime incesantemente à la verdad, hasta un punto que en el tribunal de lo porvenir, será la vergüenza del presente siglo. Si las represalias fueran generosas, tendríamos motivo para refutar à la negacion valiéndonos de uno de sus más celebres argumentos. *«Hay en la sinceridad grados diferentes.»*

### III.

Existe además una tercera causa que explica hasta cierto punto nuestra dificultad de creer, y que consiste en el método vicioso empleado para llegar à la creencia. Creer, dice el Angel de la escuela, es un acto de la inteligencia inhereente à la verdad divina, por orden de la vo-



luntad puesta en movimiento por la gracia (1). Es imposible descomponer la fé sobrenatural con más precision y exactitud. A su formacion concurren tres elementos: la inteligencia, la voluntad y la gracia. Respecto de la primera, dejamos ennumeradas las dolencias de que debe preservarse, para estar en condiciones propias para semejante vision: relativamente á la segunda hemos consignado el lugar y la pureza que ha menester para reflejar la luz que procede de lo alto: averigüemos ahora cuales son las condiciones dentro cuyo círculo obra la gracia.

El verdadero método para llegar á la fé que tiene un fin práctico, no puede ser en manera alguna un trabajo especulativo, sino un procedimiento experimental. Y no se tome lo que acabamos de decir por una exigencia apologetica, pues no perdemos de vista que estamos escribiendo un libro y no predicando un sermon. Los antiguos daban por atributo á la duda una antorcha y un palo: aquella representaba la discusion; con el palo pretendian indicar que á

(1) *Ipsam credere est actus intellectus assentientis veritati divinae, ex imperio voluntatis á Deo mota per gratia.* Summa theolog., II, 2, quest. 15, art. 2.

la informacion teórica era indispensable reunir el estudio práctico de la verdad buscada ¡Dónde están los investigadores que así han empleado el palo como la antorcha para encontrar la fé de su infancia? Observacion por cierto bien digna de tenerse en cuenta. En un siglo en el cual la ciencia hace de la experiencia la piedra de toque de todas sus convicciones, el incrédulo eleva empíricamente sus paradojas; y esos fanáticos de la observacion, esos intrépidos experimentadores, que han llegado á veces á inocularse determinadas enfermedades á fin de conocerlas con mayor perfeccion, jamás han inoculado en su alma, por espacio de cinco minutos, la verdad cristiana, con el objeto de hablar de ella como profundos conocedores. Y sin embargo, se encierra más filosofia en estas palabras de Jesucristo: *Qui facit veritatem venit ad lucem* (2) que en toda la filosofia del que duda por sistema.

Por lo demás no se crea que sea esto un argumento de fé dirigido contra aquellos que carecen de ella. Yo no exijo la accion cristiana como revelacion mística, sino como medio adecuado al fin que se pretende alcanzar. En general los medios deben ser proporcionados al fin,

(2) Juan 3-21.

y siendo la fé sobrenatural, es cosa lógica que solo se obtenga por medio de actos sobrenaturales. No basta pues con que se sepan al pié de la letra cuantos libros constituyen su biblioteca, siquiera esté esta formada con discrecion y verdadero talento, ni hacerse sabio hasta el punto de ser un grande hombre á la manera de los tratados por Plutarco, sino que es indispensable emplear los procedimientos necesarios y apropiados al órden de conocimientos á que cada cual pretende remontarse. Aquel que aspira á conocer la química sin analizar la materia, no sería ménos insensato que el que pretendiera alcanzar la fé sobrenatural sin instrumentos á propósito, es decir, superiores á la naturaleza.

Y al llegar á este punto veo la intencionada sonrisa del escéptico, y escucho el acento de su voz que irónicamente me contesta. Hétenos ya legado al punto de las conclusiones morales; ¿Por qué no si tienen un alcance dogmático?

Un célebre apologista contemporáneo, y aquí nos cumple decir que él mismo fué quien nos refirió el hecho, vióse interpelado en un salon en escs términos capciosos: «Permitid, caballero, que os diga, que nos haceis girar incesantemente dentro de un círculo vicioso, puesto que nos pedís la práctica de buenas obras para llegar á

la fé, y lo que habríamos menester es fé para la práctica de buenas obras.»—A semejante interpelacion, hecha por un hombre de gran ingenio, contestó el profundo pensador cristiano: «Debo manifestaros que mi círculo nada tiene de vicioso, desde el punto y hora en que es posible salir de él: practicad la fé que tengais y no tardareis en alcanzar la que os falta.»—Al oír semejante respuesta las sonrisas maliciosas cambiaron de direccion. Ahora bien: permítame el lector que le ruegue que haga aplicacion personal de este rayo de luz. Sus convicciones, por más malas que sean ¿no valen infinitamente más que sus obras? ¿No se ha hecho digno de estar privado de la luz perdida, el que se ha resistido á valerse de la que posee? Por ejemplo: la filosofia natural nos dice y enseña que hay en el cielo un Señor á quien debe homenaje y respeto toda criatura inteligente y libre, y sin embargo ello es que hemos dejado transcurrir largos años sin haber cruzado las manos ni doblado las rodillas en su presencia: practiquemos la fé que tenemos y no transcurrirá mucho tiempo sin que alcancemos la que nos falta. La filosofia natural nos enseña que debemos respetar la mujer ajena como si fuera la nuestra, y sin embargo, triste es decirlo, jugamos sin reparo con



esta ley de la justicia y del orden social: practiquemos la fé que tenemos y no transcurrirá mucho tiempo sin que alcancemos la que nos falta. La filosofía natural nos enseña que por medio de la caridad el hombre se proporciona un bien estar, asegurándose las bendiciones de los desgraciados, y sin embargo no sabemos privarnos del más insignificante placer, para proporcionar á nuestros semejantes el placer más pequeño: practiquemos la fé que tenemos y no transcurrirá mucho tiempo sin que alcancemos la que nos falta. Por último, la razón nos dice que siendo la fé una virtud no puede ser únicamente el fruto de una liberalidad divina, sin que en algo contribuya por su parte la libertad humana, y para conseguir la dicha de ver á Dios, nos tomamos ménos trabajo que para alcanzar un destino, ó para aumentar nuestras rentas: practiquemos la fé que tenemos y no trascurrirá mucho tiempo sin que alcancemos la que nos falta.

Sean las que quieran las concesiones que hagamos á la dificultad de creer, no podemos ménos que reconocerla, de otro modo no consagraríamos el presente libro á atenuarla; mas no porque nuestro acto de fé implique sacrificios, hemos de deducir que Dios sea injusto, ni que

el mundo no le pertenezca. Toda incredulidad carece de excusa, si pudiendo elegir entre la fé y la negacion, la humanidad se siente más generalmente inclinada hácia la primera que hácia la segunda. Afortunadamente esto es lo que sucede, porque ¿cuál es la situación de las diferentes categorías de inteligencias relativamente á la fé? Los pequeñuelos creen á ojos cerrados como en la madre les asegura: las mujeres, que constituyen la más dulce mitad del género humano, encuentran fácilmente la fé en el fondo de un corazón amante y puro; el pueblo se inclina á Dios con toda la fuerza de sus dolores y con toda la espontaneidad de sus sentimientos; por último, de un cabo á otro de su historia, de uno á otro polo del universo: en los cultos verdaderos como en los falsos, la humanidad enjuga sus lágrimas y obedece á la naturaleza: Creo: ¿Fuera de este concierto, qué queda? Unas cuantas docenas de hombres cuya instruccion les proporciona más objeciones que pruebas, por lo mismo que se encamina preferentemente á la inquisicion de las objeciones más que á la busca de las pruebas. Ahora bien: el estudio que es la fuente de las dificultades, es también la de la luz; sus resultados dependen de la dirección que le imprime la conciencia. Dígase lo que se quiera, es natural y

justo que la fé, como las demas virtudes, constituya el precio del buen uso que se hace de la libertad.

Quedan por consiguiente fuera de cuestion la bondad y la justicia de Dios, y los incrédulos serán siempre una minoria insignificante respecto de los creyentes. Difícilmente constituyen la oposicion necesaria para certificar que desde este punto de vista del mismo modo que en todas nuestras obligaciones morales, con la inclinacion al bien, nos queda la libertad para el mal. Lo que hay es, que cuesta creer, como cuesta el bien obrar, sin que sea esta una razon para declinar el deber que para ello existe. La religion, dice un gran apologista, es al par una pasion y una virtud: como pasion, responde á la necesidad de creer; como virtud, suscita y esplica la dificultad de creer. No tenemos por qué quejarnos porque Dios nos haya colocado entre esas dos corrientes: es indispensable la posibilidad de desconocerlo, para que sea meritorio el privilegio que tenemos de adorarlo.

La verdadera justicia y la verdadera moralidad consisten respecto del particular en comprender que Aquel que es el Padre de la luz, es igualmente el Padre de los hombres, y que si el amor que á los hombres profesa es un im-

pedimento que tiene para castigar los errores involuntarios, su amor por la luz le fuerza á vengar la de aquellos que no tienen ni una razon suficientemente equitativa, ni un juicio bastante humilde, ni un corazon bastante sereno, para conseguir el merecimiento de alcanzarla.